

EDITORIAL

La economía del metaverso
Comentarios al artículo “El futuro que nos espera”, publicado en The Economist.
Por Miguel Chajín Flórez¹

DOI: <https://doi.org/10.18041/2619-4244/dl.29.8530>

Cuando se conectan las ideas de metaverso de Mark Zuckerberg con la cuarta revolución industrial de Klaus Schwab, las del poscapitalismo de Paul Mason, las del capitalismo de la vigilancia de Shoshana Zuboff, las del desarrollo sostenible de Jeffrey Sachs y se confrontan con la imaginación de escritores como George Orwell con 1984 y Un mundo feliz de Aldous Huxley, entonces se entiende de lo que está hablando el artículo “El futuro que nos espera” de The Economist con la misma nitidez con que Thomas Piketty sostiene que se debe tomar en serio la relación entre capital e ideología, lo que permite entender por qué los capitalistas del mundo se enriquecen al amparo de un país socialista como China, y que en el fondo nunca hubo contradicción entre capitalismo y socialismo, pues fueron ideologías para construir un estado comunista mundial en el marco del ideal marxista, con el falso ropaje del desarrollo sostenible.

Para usar una metáfora de estrategias empresariales, el cambio de un capitalismo rojo a un capitalismo amarillo, naranja o verde nunca podrá ocultar la realidad de concentración de capital en un puñado de plutócratas que han convertido al mundo en su propiedad, engañando a muchos con las falsas contradicciones entre neoliberalismo y economía del bien común, socialdemocracia y socialismo. Todo lo cual se reduce a una élite que intenta apropiarse del ser humano, e incluso convertirlo en transhumano. Un ejemplo de este poder es la creación de una falsa pandemia como estrategia para imponer el capitalismo digital, mientras se quiebra la economía real, suprimiendo la democracia en la mayoría de países del mundo.

Ningún sistema de dominación mundial dirá que las élites buscan esclavizar a la humanidad. Es un mito de la economía que las desigualdades sociales y la explotación se generan en el plano económico, ya que después de más de ciento treinta años de la muerte de Marx no se han podido establecer con claridad los límites objetivos y subjetivos del valor, desde la producción o el mercado, porque vista desde el método científico la economía tiene tanto o más de ideología y política que de ciencia, hasta el punto de que un psicólogo puede descifrar la realidad económica tan profundamente como un experto en indicadores y sus proyecciones. La distancia entre el capitalismo, pensado desde la primera revolución industrial, cuyo énfasis estaba en la oferta y la producción material, y el capitalismo de la sociedad de consumo, en el que el énfasis está en la demanda manipulada por el marketing, es tan grande que obliga a meterse en el laberinto de la complejidad, donde el valor de uso y el valor de cambio vuelven a quedar en discusión, especialmente porque el servicio y los intangibles adquieren más valor que las cosas en sí mismas.

La sociedad de consumo es la prueba de que las “cosas” más intrascendentes de la vida asumen valor por encima de su producción y que, obviamente, la plusvalía va más allá de lo que se explota, quita o niega al trabajador. Esto también incluye el sobreprecio que está dispuesto a pagar quien demanda un producto o servicio, que incluye el good will y el valor de marca, así como el juego de poder y la cultura en las esferas territoriales del hecho económico.

Los intangibles, entre los que se encuentran el conocimiento, los sistemas de información, las culturas y subculturas, hoy pesan más como valor que los soportes físicos de la producción. Un ejemplo es el comercio electrónico, que ha creado una sociedad digitalizada que absorbe a los productores directos y se adueña

¹ Sociólogo, Doctor en Ciencias Económicas y Administrativas. mchajin@hotmail.com.

de todo, primando el comercio sobre la producción. Por su parte, el servicio, desde el conocimiento hasta su gerencia, como capital intelectual y capital relacional, constituye el centro de la economía, en manos de una gnoseocracia que pretende gobernar el mundo con un mínimo de seres humanos controlados digitalmente, en lo que denominan metaverso.

También el dinero, más que cualquier otra cosa, se volvió un intangible, no sólo porque el dólar dejó de tener respaldo en oro sino por el comercio electrónico, las criptomonedas, la reserva fraccionaria del sistema bancario e, incluso, por lo que se consideran ingresos pasivos, como el de los youtuber. Así mismo, los servicios profesionales asumen valores arbitrarios, debido a que el nivel y la calidad de vida entre regiones y países no permiten una forma universal de valor, porque existen subculturas que lo crean libremente, como si la creación del dinero que lo representa fuese algo subjetivo. En Colombia, por ejemplo, existen lugares donde la coca se convirtió en valor de cambio, en los que el dinero no sirve para nada; además, se empieza a formalizar el pago de deudas a través de la sexualidad.

Las élites siempre supieron dónde se crea la riqueza, de ahí que estén reclamando ser los dueños del mundo. Ha sido un proceso inteligente y bien planificado, que crea caos controlado y experimentos.

Según la apología que hace The Economist, la trampa del Nuevo Orden Económico Mundial es que la digitalización de la economía implica un mundo de libertad, cuando realmente es todo lo contrario, porque cada vez están más cerca del control absoluto del mundo, aunque los dueños de los bancos, de los medios de comunicación, de las redes sociales, de las transnacionales que manejan la OMC, con un puñado de otras organizaciones multilaterales como la ONU, que es un superestado mundial, digan a los cuatro vientos que para el 2030, según el Foro de Davos de 2021, el ser humano no tendrá nada y será feliz.

La falacia de un capitalismo verde, con el pretexto de salvar el planeta a partir de la nueva ideología económica del desarrollo sostenible, que remplazaría la crisis teórica y real del capitalismo y del socialismo, al no poder garantizar los ofrecimientos de la modernidad, no es más que una cortina de humo que encubre la fusión del capitalismo y el socialismo para imponer la esclavitud a escala planetaria, pues en esencia estos dos sistemas se conservan en la nueva propuesta, como burdamente se evidencia en el caso de China y de forma más sutil en el de Noruega. Es falso que desaparecen la producción industrial, la propiedad privada y el enorme daño para el planeta con la industria digital, ya que la tecnología que requiere no se genera con artesanías. Por otra parte, el capital se concentra de manera absoluta en manos de la élite mundial, que hoy está más cerca de cumplir el aforismo comunista: "de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades", cuyo significado se expresa hoy en la célebre frase: "En 2030 no tendrás nada y serás feliz". Es decir, el punto de encuentro entre el capitalismo y el comunismo es una sociedad distópica, globalista, en la que sólo habría esclavos de la élite del Nuevo Orden Mundial.

Seguramente, quienes sobrevivan al despoblamiento mundial con las vacunas génicas estarán vigilados por dispositivos digitales, a la manera del proyecto transhumanista, en el que cada persona es controlada por inteligencia artificial a través de súper computadores conectados entre sí, como un monstruo de muchos ojos que todo lo ve. Esto ya recibe el nombre de capitalismo de la vigilancia.

Las vacunas que contienen grafeno y hacen visible a los "vacunados" en dispositivos digitales, junto con la implantación de diminutos aparatos electrónicos, con el pretexto de facilitar la seguridad de las personas y el manejo de la información, preparan el camino al ambicioso proyecto de esclavitud mundial, lo cual ya habían profetizado las novelas distópicas sobre la sociedad del futuro.

Lo peor de esto es que muchas personas ya están haciendo fila para conformar el ejército de esclavos que se avecina, con clases sociales prefabricadas con tecnología de punta, a partir de la cuarta y quinta revolución industrial. Para allá va el mundo feliz de Huxley.

Esta nueva forma de esclavitud que la adornan como salvadora de la humanidad, y que mucha gente no percibe, es peligrosa porque cuando las personas quieran reaccionar ya será tarde, ya que alguien podrá reclamar derechos de autor o propiedad intelectual de los seres humanos modificados genéticamente, como

lo hacen con las semillas transgénicas. Obviamente, crear esclavos felices será un reto científico, ya ampliamente anticipado por la literatura distópica.

El desarrollo sostenible es, pues, la integración de la bioeconomía y la economía digital, en la que humanos y transhumanos conviven en una "nueva normalidad", pensada como una sociedad digital en la que todo se controla desde las máquinas. Supuestamente, en esa burbuja del metaverso todos harán su trabajo y cada quien recibirá una renta básica distribuida desde redes y pantallas.

De esta forma, la ideología del desarrollo sostenible es el sofisma que le permite a la élite destruir las relaciones económicas directas de las personas, porque todo debe pasar por redes digitales, en la que se quiera o no cada quien es un esclavo, obrero o asalariado al servicio de un puñado de señores feudales que controlan los aires, el suelo, las aguas y el pensamiento mismo. Eso es lo que quiere decir el Foro de Davos 2021, con aquello de que "en 2030 no tendrás nada y serás feliz". Lo único que está claro es que la libertad dejará de existir porque las personas serán esclavas del Leviatán, que es un superestado mundial.